

lla gran patria nuestra, son las naciones en que ella políticamente se divide. Por mi parte, siempre lo he entendido así, o mejor, siempre lo he sentido así. La unidad política que consagra y encarna esa unidad moral —el sueño de Bolívar—, es aun un sueño, cuya realidad no verán quizás las generaciones hoy vivas. ¡Qué importa! Italia no era sólo la "expresión geográfica" de Metternich, antes de que la constituyeran en expresión política la espada de Garibaldi y el apostolado de Mazzini. Era la idea, el numen de la patria: era la patria misma, consagrada por todos los óleos de la tradición, del derecho y de la gloria. La Italia una y personal existía: menos corpórea, pero no menos real; menos tangible, pero no menos vibrante e intensa que cuando tomó color y contornos en el mapa de las naciones".

Igual concepto desarrolla, aún con más energía, en un discurso pronunciado ante los restos de Juan Carlos Gómez:

"Alta es la idea de la patria; pero en los pueblos de la América latina, en esta viva armonía de naciones y vinculadas por todos los lazos de la tradición, de la raza, de las instituciones, del idioma, como nunca las presentó juntas y abarcando tan vasto espacio la historia del mundo, bien podemos decir que hay algo aun más alto que la idea de la patria, y es la idea de la América; la idea de la América, concebida como una grande e imperecedera unidad, como una excelsa y máxima patria, con sus héroes, sus educadores, sus tribunos; del golfo de México hasta los hielos sempiternos del Sur. Ni Sarmiento, ni Bilbao, ni Martí, ni Bello, ni Montalvo, son los escritores de una u otra parte de América, sino los ciudadanos de la intelectualidad americana."

Así todo buen americano debe consagrar las fuerzas de su espíritu a afianzar esa unidad y a contribuir, con el mejoramiento de las condiciones en que se desenvuelve la patria propia, al engrandecimiento de América.

"Sólo han sido grandes en América —dice Rodó— aquellos que han desenvuelto por la palabra o por la acción, un sentimiento americano. Nadie puede cooperar eficazmente al orden del mundo sino aceptando con resolución estoica, aun más, con alegría de ánimo, el puesto que la consigna de Dios le ha señalado en sus milicias al fijarle una patria donde nacer y un espacio de tiempo para realizar su vida y su obra".

Y todavía desde Roma, poco antes de morir, en un artículo consagrado a *La unión espiritual de América*, escrito al concluir el año 1916, predicaba Rodó su evangelio de solidaridad americana:

"Si se me preguntara cuál es, en la presente hora, la consigna que nos viene de lo alto; si una voluntad juvenil se me dirigiera para que

le indicase la obra en que podría ser su acción más fecunda, su esfuerzo más prometedor de gloria y de bien, contestaría: Formar el sentimiento hispanoamericano; propender a arraigar en la conciencia de nuestros pueblos la idea de la América nuestra, como esfuerzo común, como alma indivisible, como patria única. Todo el porvenir está virtualmente en esa obra. Y todo lo que, en la interpretación de nuestro pasado, al descifrar la historia y difundirla, o en las orientaciones del presente, política internacional, espíritu de educación, tienda de alguna manera a contrariar esa obra o a retardar su definitivo cumplimiento, será error y germen de males: todo lo que tienda a favorecerla y avivarla, será infalible y eficiente verdad."

Estas mismas ideas, que desde temprano se manifestaron en la obra de Rodó, inspiraron a éste su *Ariel*, que ha sido considerado, con justicia, el evangelio de la juventud hispanoamericana. Las páginas de *Ariel* se animan con la visión profética de una América regenerada,

"hospitalaria para las cosas del espíritu, y no tan sólo para las muchedumbres que se amparen a ella; pensadora, sin menoscabo de su aptitud para la acción; serena y firme, a pesar de sus entusiasmos generosos; resplandeciente con el encanto de una seriedad temprana y suave..."

Ariel tiende pues a despertar la conciencia americana con el

"sentimiento profético de la cabal grandeza de nuestros destinos,"

según frase del propio Rodó en su estudio sobre Montalvo. *Ariel* es un libro de esperanza y de ideal; por eso es fuerte y saludable. Si en América la masa ignorante necesita instrucción, la clase dirigente necesita ideales.

Así finaliza Gonzalo Zaldumbide su magnífico estudio sobre *José Enrique Rodó*, New York, París, 1918:

A la muerte de los que fueron proclamados en vida maestros sucede generalmente un eclipse.

Aun cuando el nombre de Rodó se hunda por un tiempo bajo la profusión de elogios, exasperantes de mediocridad y monotonía, que ha recubierto su tumba, mil páginas de las suyas, escritas para durar, perdurarán ciertamente. Resurgirá quizá, no ya para proseguir en su cura de almas y dirección de espíritus sumisos, sino en su magisterio de arte, en su crítica literaria y su sentido de la realidad coronada de idealidad.

Nunca en América se apagará el eco de la voz de Próspero despidiéndose de sus ami-

gos. Cada generación le escuchará de nuevo; suavemente, pensativa y seria avanzará hacia la vida, sintiéndose mejor después de haberla oído.

Tal vez el maestro y guía de levantamiento espiritual sea buscado por uno que otro vacilante que espera hallar su vía. Pero quienes gustan de nutrirse con médula de leones irán únicamente a su *Bolívar*, quizá a su *Montalvo*, y llevarán consigo, de preferencia, por su conjunto de modelos en acción, no en lección, el libro menos amado por su autor, el vario y rico y fuerte *Mirador de Próspero*.

Admirarán siempre en él la ponderación de esa feliz naturaleza de árbitro. Pero preferirán, a la actitud con que a veces centraliza un debate, para darle la cima, aquella, no ya inmóvil como de juez, sino dinámica y atrevida por un extraordinario don de vida, con que, discóbolo insigne, lanza su esculpido medallón de bronce, por encima de los libros, de los pueblos y de las edades.

En el folleto: *Rodó para los escolares*, epítome de su vida y breve glosa de sus ideas, por Juana María Salvá, Montevideo, 1941, hemos señalado la página 55:

Para darle su adiós, —que había de ser el postrero—, se formó un gran Comité Estudiantil de Homenaje, apoyado por un Comité de Honor. En uno y otro tuvo representación todo lo más caracterizado de nuestro mundo estudioso y profesional.

Ambos Comités dirigieron al pueblo la siguiente

Exhortación:

Porque plasmó en *Ariel*, para la juventud, el sermón laico de la más alta idealidad para que sea su América algo más noble que una rebañega agregación de civilizaciones sin espíritu y pueblos sin virtud; porque en *Motivos de Proteo* reiteró, desde una tribuna universal, el férvido optimismo de su predicación, por el ahincado cultivo de la vocación y de la individualidad, que son quizá el más alto postulado de su evangelio personal y social; porque en *El Mirador de Próspero*, libre ya en parte de una *misión* que transmitir, aunque siempre docente por su devoción de la hermosura, paseó su vita prócera por el universo, deteniéndola doquiera halló un modelo que mostrar, una intención que recoger, un bello esbozo que exhibir o una injusticia que acorrer; porque, sin alarde ostentoso, arrojó su ideal en la gala magnífica de sus obras eternas que hacen decir, en el deliquio de la forma, si es pensamiento o es mármol; porque en sus libros y en su acción se reconoce su país natal y adquiere, por el más encumbrado título, personería en el concierto de los pueblos creadores y civilizadores de la humanidad; porque fue, en todo tiempo, caballero de punta en blanco, y acrisolado maestro, y ciudadano sin tacha y periodista de ideas y parlamentario con dignidad, el Comité Estudiantil que suscribe, poseído, sólo por un alto sentimiento de reconocimiento nacional, y exento totalmente de animadversiones que no caben en su pecho, invita como un deber al mismo tiempo que un honor, a despedir al señor José Enrique Rodó, pensador y prosista, que parte para Europa. El Comité quiere esperar que la sociedad toda de Montevideo, nacional y extranjera, responderá a su llamado. La manifestación se realiza el 13 de Julio a las 5 y 1/2 p. m. Punto de reunión: Frente al Ateneo de Montevideo. Las columnas se dirigirán hasta el Círculo de la Prensa.

ANTONIO URBANO M.

EL GREMIO

TELEFONO 2157

APARTADO 480

Almacén de Abarrotes al por Mayor

SAN JOSE, COSTA RICA